



LA REINA DE LAS SIRENAS DEL OESTE JUGANDO CON LAS OLAS
ILUSTRACIÓN ORIGINAL DE RAÚLO CÁCERES

HISTORIAS DE LA TIERRA INCONTABLE



****CÍRCULO SEGUNDO****
VIAJE A LA
PROFUNDIDAD

Házael González

Mapa de Raúló Cáceres



LOS PRIMEROS CONFINES



Prefacio

—¿Qué es la Tierra Incontable?

—La Tierra Incontable es muchas cosas a la vez. No es todo, ni es nada, y al mismo tiempo es tan real como tú o como yo. ¿Puedes decirme acaso qué es real y qué no lo es? La Tierra Incontable es muchas cosas, pero, sobre todo, es un sueño. Cuando nosotros, los Gigantes Antiguos, nos encontramos por primera vez, lo hicimos en un espacio vacío, en un lugar que está más allá de la dualidad que hay entre la existencia y la no existencia. Ninguna de las demás criaturas podéis comprender eso, simplemente porque no está en vuestra naturaleza: un pájaro no comprende cómo un pez puede nadar, y un pez no comprende cómo un pájaro puede volar. Pueden imaginárselo, pero no comprenderlo, porque su naturaleza es otra.

—Supongo que... lo entiendo, aunque no del todo.

—Cuando nosotros ocho nos juntamos en ese espacio, comprendimos al instante que solo podíamos hacer una cosa: soñar. Soñar con un mundo en el que existiesen las existencias y las posibilidades, una realidad en la que poder existir, en la que poder movernos precisamente entre la existencia y la no existencia, o entre, como muchas otras criaturas lo llamarían después, la vida y la muerte. Esos dos estados existen para eso: para poder llegar a un nuevo estado, para cambiar el anterior... Fue de ahí de donde surgió la Tierra Incontable.

—Entonces, ¿la Tierra Incontable es una especie de... juego de los dioses?

—En cierto modo. El juego ya estaba presente en nosotros mismos incluso antes de que nos encontrásemos, y sabíamos bien que esa es precisamente la actividad más elevada de todas, el principio y el final. Pero no podemos decir que nosotros hayamos inventado el juego,

como tampoco podemos decir que la Tierra Incontable sirva únicamente para jugar. Eso es algo que estaba en nosotros mismos, y pasó a las demás criaturas sin que hiciésemos nada para ello. Los cachorros de animales juegan para aprender a vivir, o los niños humanos crecen a través del juego a pesar de que muchas veces sus propios mayores lo consideren innecesario, mientras que los elfos se enredan en juegos que a veces comenzaron antes de su nacimiento y se extienden más allá de su desaparición... Pero es difícil jugar, es cierto, porque para poder jugar es necesario poder alimentarse y sentirse protegido, aunque eso también forme parte del juego, de alguna manera.

—Y entonces, ¿de dónde salisteis vosotros?

—Si nosotros soñamos la Tierra Incontable, ¿por qué no pudo algo habernos soñado a nosotros antes? Quizás evolucionamos desde un sueño, o quizá fuimos nosotros quienes nos soñamos a nosotros mismos.

—Entonces, ¿todo es un sueño?

—Todo es lo que es, nada más. No hay diferencias entre sueño y ensueño o realidad o despertar. Sólo es cuestión de conciencia. Cuando estás despierto, estás despierto, y cuando estás soñando, estás soñando. Depende de cada uno el estar atento y aprovechar el estar despierto o el estar durmiendo, o el ensoñar o el despertar.

Arnayarlys Ayrishen
(fragmento)

Pensamiento

Añorada Zaleha:

Aquí, bajo la tierra y sin ninguna luz, las cosas se sienten de otro modo. La vida se desliza despacio entre estas paredes heladas, y el tiempo es una ilusión.

Apenas recuerdo tu cuerpo, y ni siquiera recuerdo tu cara. Y me pregunto si caminas de nuevo por este mismo mundo que hay sobre mi cabeza y bajo mis pies, o si estarás todavía en esos otros a los que yo nunca podré llegar.

Escribo este mismo mensaje continuamente, con cada pensamiento, con cada anhelo, con cada uno de esos suspiros acuosos que se hielan frente a mi cara. Me alimento de tu recuerdo, de tu alma, de tu rostro, de tu mirada, del sonido de tu voz; esa voz que hace tanto que ya no escucho y que ni siquiera sé si es real.

Hacia dónde nos lleva la vida...

No sé quién eres, pero eso tampoco es algo que me preocupe demasiado. Porque son muchas más las veces que yo mismo no sé quién soy, así que en eso estamos en paz. Yo te sueño, y tú me ayudas a seguir viviendo, aunque quizá tú tampoco recuerdes mi cara o mi nombre.

¿Sabes acaso quién soy? ¿Recuerdas cómo me llamo? ¿Te acuerdas de mí tanto como yo evoco tu recuerdo?

A veces, la existencia es un laberinto...

Apenas sé quién soy, y mucho menos hacia dónde me dirijo, pero prefiero alimentarme de tu sonrisa antes que continuar a ciegas, buscando el camino en la oscuridad.

Yo no olvido tu nombre, Zaleha, y tampoco he olvidado que te quiero. Tal vez sin demasiado sentido, tal vez sin siquiera existir..., pero te quiero.

Y te sigo buscando. Siempre.

Tuyo, siempre tuyo:

AIDARSARÁN



**HACIA
EL NORTE**

1. *Silencio y Veneno*

—¡Las velas! ¡Todo el mundo atento a las velas! ¡Aylea, por todos los dioses, sujeta las drizas del trinquete! ¡Yordan, baja de la coda ahora mismo y caza la mayor lo mejor que puedas! ¡Y tú, Hemnings, al bauprés! ¡Ayuda a Alemnon a arriar el foque de proa o nos partiremos en dos!

—¡Capitán, con todos los respetos, esto es una locura!

—¡Dime algo que no sepa, Zaleha! ¡O mejor, deja de decir tonterías y ayúdame a cazar la entena de la mesana!

Con los pies juntos y gesto preciso, saltó desde el palo mayor al que estaba encaramada hasta el castillete de popa, aferrando a la primera el cabo inferior que se agitaba de una forma bastante descontrolada y peligrosa. De un certero golpe de muñeca, consiguió trabarlo en la cornamusa de estribor y tiró de él hasta que se tensó como si fuese de hierro. El áspero cáñamo crujió y la vela recogió el embate e hizo virar al *Silencio* todo a babor. El maderamen entero protestó con un tremendo crujido.

—¡Andrio, no seas necio! ¡El viento está cambiando demasiado rápido! ¡Tienes que ponerlo al paio o no aguantará!

—¡No me digas cómo tengo que tratar al *Silencio*! ¡Conozco bien a mi galeón y sé que aguantará lo que tenga que aguantar! ¡Y tú, Sol, no salgas de tu camarote!

En todas aquellas jornadas navegando a través del océano, Zaleha había aprendido a conocer bien las miradas de su capitán, y sabía cuándo no debía contradecir una orden, así que prefirió asegurar el cabo antes de que se le escapase otra vez de las manos. Además, ella misma sentía que no tenía ningún derecho de protestar. Después de todo, pronto llegaría la segunda luna llena tras la partida de Tempélinon, y desde entonces no habían vuelto a ver tierra..., así que era muy razo-

nable que todos estuviesen más que nerviosos. Pero, a pesar de todo, algo en su interior le avisaba de que estaban cerca.

Era un aviso interno, pero también externo, porque una tormenta como aquella solo podía indicar que no se encontraban demasiado lejos de lugares secos..., o al menos eso era lo que ella creía, basándose en su propia experiencia. Se apartó el pelo empapado de los ojos y aprovechó un ligero contragolpe del viento en la vela para asegurar el cabo con tres rápidas vueltas y un firme as de guía. Al menos había una cosa segura, y era que la entena de la mesana ya no iba a moverse, a menos que el viento se volviese tan fuerte como para arrancar la cornamusa de cuajo, lo cual, desde luego, no era demasiado consuelo.

Beneficiándose del efímero golpe de calma, aprovechó para ir caminando por la cubierta y llegar hasta donde se encontraba Aylea, que luchaba como podía con los cabos sueltos del velamen del trinquete. Casi sin pensarlo, Zaleha aferró en ballestrinque un cabo de esparto a una bita para poder sujetar mejor la tela que no paraba de dar latigazos. Sonriendo, se lo tendió a la humana con la intención de que eso facilitara su tarea.

—¡Gracias! —gritó la robusta mujer con energía, sujetándose el pañuelo que intentaba, sin demasiado éxito, proteger su cabeza de la fina lluvia que estaba empezando a caer.

—¿No es un buen sitio para las mujeres, verdad?

—¡Ni tampoco para los hombres!

—¡Ola! ¡Ola de popa!

Zaleha reaccionó a tiempo. Su muñeca se enroscó en torno al cabo que acababa de sujetar y saltó hacia delante cogiendo a Aylea por la cintura justo antes de que toda la cubierta escorase de forma bastante peligrosa. La humana pudo ver cómo unos cuantos barriles salían volando por el aire para hacerse pedazos contra la proa en cuanto la montaña de agua pasó de largo y el barco cabeceó hacia el lado contrario.

Cuando finalmente el *Silencio* regresó a una posición relativamente plana, Zaleha volvió a recuperar el equilibrio y soltó a la humana con un suspiro de alivio.

—Gracias otra vez, Zaleha. Te debo la vida demasiadas veces ya.

—No me debes nada, Aylea. Esto no es fácil para nadie, créeme. Anda, rematemos este cabo antes de que venga otra. A saber dónde nos estaremos metiendo ahora.

La sincera sonrisa de la humana la hizo sonreír a ella también.

Aylea, la abnegada e imparable viuda que cuidaba tan bien de su pequeño Sol, una de las primeras víctimas de aquella absurda guerra. Aunque en realidad todos aquellos humanos eran víctimas, y por eso ella los acompañaba en busca de algo mejor. Algo que tal vez sería una fantasía, o un problema todavía más grande.

Pero, sobre todo, lo que más preocupaba a Zaleha era la seguridad de todos ellos. Porque sabía de sobra que apenas podían orientarse en aquel océano, y mucho menos respirar bajo el agua o sobrevivir sin comer o dormir, como podía hacer ella misma. Porque ellos solo eran humanos esforzándose por conseguir una oportunidad para vivir sus propias vidas, luchando por su derecho a existir, lejos de conflictos que no eran suyos.

En otro tiempo ella los había odiado, pero ahora había aprendido a admirarlos. Admiraba su fuerza y su deseo de sobrevivir, su tenacidad y su perseverancia, y también su paciencia. Admiraba el esfuerzo con el que Aylea ceñía de nuevo la vela al mástil, con el ímpetu de diez marineros experimentados y la necesidad de sobrevivir como único estímulo.

—¡Zaleha, te necesito ahora mismo! —La voz del capitán se impuso sobre los rugidos de la tormenta.

—¡Pues ven a sujetar tú este cabo, maldita sea! ¡Tengo dos cuerpos, pero no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo!

—¡No te necesito yo, te necesitan en la bodega!

—Hombres...

Suspiró profundamente, moviendo la cabeza en un gesto burlón. Si había algo que asustaba de verdad al capitán del *Silencio*, capaz de maniobrar a ciegas en el ojo de una tormenta y de deslizarse por entre escollos jamás cartografiados, eran las quejas de una mujer embarazada. Aferró un nuevo cabo a la cornamusa del trinquete, y desde allí ató uno más fino hasta la cintura de Aylea, sujetándola con un nudo holgado pero bien firme. La humana se dejó hacer, confiando más en el criterio de su compañera que en el suyo propio..., y, momentos después, cuando una nueva ola barrió la cubierta por completo, pudo constatar que aquella precaución había vuelto a ser de mucha ayuda.

—¿Se puede saber qué sucede ahora, capitán?

—¡No me fastidies, Zaleha y borra esa sonrisa de tu cara! —A pesar de que el enfado de él parecía auténtico, ella se limitó a sacarle la lengua con burla—. Parece ser que Shilenya no lo está pasando demasiado bien.

—Qué sabrás tú de mujeres. ¿Qué pasa esta vez?

—Se queja sin parar, y dice que te necesita.

La joven descendió la escalera de popa con un único salto, pensando que las cosas no estaban para demasiados miramientos. Sí, era más que cierto que aquel barco era impecable, y que quien lo había construido sabía del tema y había pensado en todos los inconvenientes a los que podían enfrentarse en una travesía larga y complicada como la que estaban llevando a cabo en ese momento. Tanto los mástiles como el resto del maderamen eran de una madera asombrosa, flexible y recia al mismo tiempo, y la estilizada línea, unida a la facilidad del aparejo, hacían del *Silencio* un verdadero pez volador.

Pero la tormenta no había hecho más que empezar, y las referencias que las estrellas habían ofrecido durante las últimas noches no eran lo suficientemente convincentes como para corroborar sus demasiado vagos recuerdos acerca del antiguo Paso del Norte... Y Shilenya sufría, de eso no había duda, aunque Lirond estuviese siempre junto a ella dándole calor y energía con su propio cuerpo. Al filo de la primera luna llena, Hemnings había propuesto conseguir una buena ración de carne fresca gracias al sacrificio del caballo, pero cambió de idea en cuanto Zaleha sugirió la posibilidad de arrancarle a él el hígado con sus propias manos.

—Buenas tardes, señorita, ¿cómo va eso?

El gemido de dolor fue suficiente para que Zaleha comprendiese que iba en serio. Shilenya era joven, quizá demasiado para ser madre todavía, y sabía perfectamente que algo no iba bien en su embarazo. Ya había tenido tres faltas cuando embarcó en Tempélinon, y al principio todo había ido bastante bien, pero desde la pasada luna llena no había parado de quejarse y siempre parecía estar muy asustada. Zaleha intuía que los dolores y el miedo ocultaban una angustia más profunda que la que le ocasionaban las complicaciones de una gestación, a pesar de que ella no tenía demasiada experiencia en casos como ese. Sin embargo, la humana siempre insistía en que ella era la única capaz de comprenderla por completo, incluso más que la experimentada Aylea, y por eso le pedía ayuda constantemente, siempre recostada contra el cuerpo de Lirond y sin salir de la bodega, a pesar de que allá abajo los efectos de las olas se ampliaban considerablemente.

—Me duele...

—Vamos a ver, déjame ver esa prodigiosa barriga tuya. —Con deli-

cadeza, retiró las amplias ropas que cubrían el cuerpo de la humana, guiñándole un ojo al caballo—. Vaya, cada día está más grande... Vas a traer al mundo a un enorme bebé.

—Será una niña, ya lo sabes.

—No, yo no lo sé. Lo que me sorprende es que tú ya lo sepas, pero a fin de cuentas eres tú quien la lleva dentro.

—¡Ay!

—Eh, no te asustes, solo intento darte un poco de calor. Exactamente, ¿dónde te duele?

—Aquí debajo. Y aquí también.

—Ojalá tuviese a mano alguno de los remedios del mago. —Suspiró, mientras masajeaba delicadamente las zonas que Shilenya le había indicado—. En este maldito barco solo hay aguardiente.

—Sí, y tú no me dejas ni probarlo.

—¡De ninguna manera! Estoy más que convencida de que le haría daño al bebé, y eso no voy a consentirlo.

—No, yo tampoco. —Sonrió con cierto esfuerzo—. Te aseguro que no te engañaría tomándolo a escondidas, de verdad.

—Ya lo sé. Además, no puedes engañarme, porque Lirond me lo diría. ¿Verdad que sí, amigo?

Con un relincho suave, el caballo movió la cabeza y sacudió ligeramente las crines. Hacía ya demasiadas noches que no podían hablar, ya que, a pesar de los continuos balanceos, aquella improvisada cuadra llena de paja era, sin duda, el lugar más cómodo para una humana embarazada. Además, Lirond lo había comprendido de inmediato. Desde el primer momento había querido servir de apoyo a Shilenya, y allí permanecía durante muchísimo tiempo sin estirar siquiera sus entumecidas patas. La crin se le había deslucido bastante y a veces le lloraban los ojos y se le reseca el hocico, pero él se negaba a moverse de su posición. Zaleha le rascó entre los ojos con gesto amoroso.

—Pobrecito. Hace tanto que no te cepillo...

—Es un caballo extraordinario, de verdad. Sé que es una tontería, pero a veces creo que comprende todo lo que le digo.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Eso no lo dudes, muchacha!

Lirond le devolvió la sonrisa, dándole a entender sin palabras que todo estaba bien. Ya llegaría el momento de volver a charlar juntos en lengua aymarda sin tener que preocuparse de oídos indiscretos. Y mientras tanto, él seguiría allí, junto a la humana embarazada, mientras ella

le revelaba secretos que nadie más conocía y que él imaginaba que jamás volvería a contar, tal vez ni siquiera a su futura hija. Mojándole el hocico con un paño húmedo, Zaleha le dio las gracias en silencio.

—¿Te encuentras mejor, Shilenya? —Pasó otro paño por la frente de la humana, refrescándola y arrancándole por fin una tímida sonrisa.

—Sí, ahora sí... Creo que se ha calmado un poco. Son tus manos.

—Mis manos también son necesarias en cubierta, cariño. —Amplió la sonrisa y le besó la frente—. Vamos hacia una tormenta, y hay mucho que hacer... Tienes que respirar y tranquilizarte, Shilenya, no puedes hacer otra cosa.

—Ya lo sé. No me queda otro remedio, ¿verdad?

—No seas tan dramática, humana. Cuando contemples la risa de tu hija se te olvidarán todas estas penurias, ya lo verás.

—Zaleha. —Le tiró de la manga con urgencia, mientras sus ojos reflejaban aquel miedo profundo mezclado con angustia largamente macerada—. Nacerá, ¿verdad?

—Sí, nacerá —afirmó con rotundidad, mientras le besaba la frente—. Te lo prometo.

Una vez más, no pudo evitar pensar en la extraordinaria fortaleza que mostraban los humanos aun en situaciones tan difíciles como aquella. Estaba bien claro que aquellas criaturas poseían una tenacidad y una fuerza impresionantes, aunque más a menudo de lo deseado esas cualidades se volvían contra ellos mismos convirtiéndolos en seres corruptos y envidiosos, sedientos de poder y de sangre. Recordó las palabras del mago: «Los humanos están enfermos...», y antes de que pudiera seguir pensando, una nueva ola la empapó de pies a cabeza en cuanto se asomó por la escotilla de cubierta.

—¡Alemnon, Hemnings, arriad el foque y el contrafoque de una maldita vez! ¡Aylea, Yordan, asegurad el trinquete y recoged todos esos cabos! ¡Vamos, pandilla de zapateros, la tormenta no va a esperar por vosotros! —Se oyó de nuevo la voz del capitán.

De un certero salto, Zaleha se colocó junto al palo mayor y comenzó a desenganchar las drizas sin saber si alegrarse porque Andrio hubiese tomado la peligrosa decisión de realizar una trinquetada en temporal, o si preocuparse contemplando los embates del océano que cada vez golpeaba con más furia los costados del *Silencio*.



—Sigo diciendo que esto no es una buena idea.

—No se trata de quién tiene razón o de quién no la tiene, amigo. Sabes de sobra que necesitamos llegar al norte, y esta es una muy buena manera. ¿O acaso se te ocurre otra mejor?

—Ya lo hemos discutido, y no, no creo que haya una forma mejor de hacerlo. Pero eso no significa que me guste.

—Anda, tranquilízate y disfruta de la travesía. Aquí hay tiempo de sobra para rezar y meditar. Recuerda que somos hombres sagrados, así que compórtate.

—Hombres sagrados. Ja, vaya un chiste. —El humano ni siquiera sonrió. En lugar de eso, se apoyó en la baranda de madera y continuó escrutando el horizonte mientras el sol se iba hundiendo lentamente.

Calculó que debían de llevar navegando al menos media luna desde que habían zarpado del asentamiento de Puerto Antiguo la última noche de novilunio, y siempre sin saber si todo aquello iba a servir de algo. Y sin embargo, era bastante evidente que no podían hacer otra cosa, porque aquello ya no era un juego.

La guerra había empezado. Ya no era un rumor de cantinas o una especie de leyenda, sino un hecho consumado. Y lo más inquietante era la impresión de que, de alguna manera, todos los humanos sabían exactamente lo que estaba pasando, y participaban de ello con una alegría y una despreocupación sin límites. Según habían podido oír en todas las comunidades habitadas por ellos, aquella misteriosa reina había logrado el control de muchos puertos y rutas comerciales que llevaban docenas de primaveras en manos de diversos gobernantes, virreyes, senescales o cualquier otra figura de dudosa autoridad que jamás habían logrado ponerse de acuerdo, y que ahora estaban dirigidas todas ellas desde algún lugar misterioso con medios más misteriosos aún.

Y ahora, los humanos de aquel barco se preparaban para asaltar un mito, una leyenda cuya existencia, sin embargo, ninguno ponía en duda, pues confiaban en aquella reina suya con una lealtad férrea. Él estaba bastante seguro de que ninguno de los hombres que conducían aquel enorme galeón hacia lo que ahora se obstinaban en llamar «los Puertos de Su Majestad» había visto con sus propios ojos el objeto de su conquista, pero, a pesar de ello, ejecutaban cada una de las maniobras sin un asomo de duda en sus rostros.

Pero aquel humano apoyado en la barandilla sí lo había visto.

—¡Maldita sea, no lo entiendo! —El joven humano golpeó la made-

ra con el puño—. ¿Cómo demonios ha podido ocurrir esto? Las sirenas solo son un mito, una leyenda de marineros borrachos, y sin embargo...

—Haz el favor de no gritar, amigo. Ya nos miran con bastante recelo y no necesitamos darles más motivos, ¿no te parece? Es evidente que esa reina de la que tanto se oye hablar últimamente no es un marino borracho y sabe muy bien lo que está haciendo. Ya tendremos tiempo de hacernos ese tipo de preguntas, así que ahora es mejor que te calmes.

—Si pudiera calmarme no estaría a bordo de este barco.

—Y si no estuvieras a bordo de este barco no podrías hacer más de lo que estás haciendo.

Los dos se miraron a los ojos, intercambiando una sonrisa de complicidad. Todo aquel tiempo viajando juntos había dado para mucho más que palabras, y entre ellos se habían establecido unos lazos de unión demasiado fuertes como para necesitarlas ya. Pero el joven humano no podía evitarlo: estaba nervioso.

Las sirenas...

Mientras el sol continuaba descendiendo hacia el horizonte, recordó.

Rememoró cómo para él habían dejado de ser un mito hacía ya mucho tiempo, mucho antes de que sus viajes por la Tierra Incontable le descubriesen secretos aún más profundos y que jamás podría contarle a nadie. Recordó la primera vez que vio Sharlaman, y a la Reina de las Sirenas del Oeste, con su mal genio y su justa desconfianza ante un humano que se encontraba en su reino aunque solo fuese por accidente...

Y también recordó su amor.

Eran mucho más que amigos, o al menos así lo sentía él, y no solamente por haber compartido caricias más de una vez o por haber contribuido decisivamente a la salvación de su ciudad. No, era más profundo, era una amistad casi atávica, enterrada entre los huesos del tiempo y que ahora había resurgido con un antiguo brillo y una nueva luz.

Las sirenas dando cobijo a un humano, algo que no sucedía desde los Primeros Días. Él era más que consciente de todo eso, y estaba encantado de ser su amigo y de pasear su secreto bordado en la capa: la figura de la Reina de las Sirenas del Oeste, con su melena negra y su inseparable tridente en la mano.

Pero en los últimos tiempos había tenido que ocultar incluso algo

tan aparentemente inofensivo, y por eso vestía aquella especie de sayo oscuro hecho con tela basta y que ocultaba todo lo necesario, el mismo ropaje que llevaba su compañero de viaje, porque así lo habían decidido los dos. No tenían ganas de llamar la atención entre las criaturas que encontrasen en su camino, y menos aún entre los humanos. Y precisamente por eso los humanos habían pensado que eran hombres sagrados, gentes que recorrían los caminos buscando a los dioses y a sí mismos, mendigando alimento y realizando pequeños trabajos; lo cual era verdad, al menos en parte. Era bastante cierto que recorrían los caminos desde hacía bastante tiempo, y también que, de alguna forma, se estaban buscando a sí mismos, pero lo que tenían muy claro era adónde se dirigían.

Por eso estaban allí, a bordo de un galeón, de un barco humano que ascendía por el Mar Azul del Norte hacia las costas del este, a Tempélinon, por una ruta que solo su capitán conocía. Porque su propósito, el propósito de aquel galeón, era informar a su reina de que todo estaba a punto y que todas las partes estaban de acuerdo, por lo que no valía la pena demorarse más. Solo había que localizar el objetivo y atacar con fuerza, sin piedad, y la victoria sería suya.

Y Shimdaren caería. Porque, por supuesto, no se esperaba un ataque. ¿Y quién podría esperárselo? Shimdaren, el reino de las Sirenas del Norte, estaba mucho más al norte que cualquier asentamiento o ruta marítima que los humanos pudiesen conocer desde hacía demasiadas generaciones, además de a una profundidad imposible de salvar sin medios mágicos. Sí, era muy cierto que se encontraba cerca de lo que una vez habían sido los Puertos del Norte, aquel lugar donde las sirenas habían despertado por primera vez y donde más tarde se escindieron precisamente de los humanos, y por eso existía la posibilidad de que quizá ellos recordasen su presencia allí... Pero, aunque así fuese, ¿cómo sabía la reina de la existencia de la ciudad submarina, si se había fundado muchísimo después? Claro que las sirenas siempre habían tenido mejor memoria, desde luego: ellas mismas fueron las que le contaron cómo habían pertenecido antes a la especie humana y cómo, por trabajar en el mar y por la visita de un dios, se habían convertido en criaturas distintas adaptadas a su nuevo mundo, con aquellas colas escamosas y pulmones anfibios...

Jugueteando con los dedos, el humano frotó delicadamente el anillo que llevaba en el dedo corazón de su mano derecha, un firme y cómo-

do aro de oro amarillo en el que estaba engastada una perla de un vivo gris plateado: su Anillo de Nacimiento, que hacía posible sobrevivir en las profundidades del mar a los humanos, haciéndoles formar parte del mismo océano, porque en cuanto el agua rozaba la perla, ella misma se desprendía para flotar hasta los labios de su dueño, desde donde se deshacía en una intrincada máscara cuyos filamentos penetraban hasta los pulmones y los tímpanos. Con esa perla no solo desaparecía la presión submarina, sino que se podía respirar el agua y era posible incluso alimentarse de ella. Era casi como convertirse en un pez durante el tiempo que se quisiera, y eso era precisamente lo que habían hecho los miembros de su misma raza hacía ya muchas generaciones: aquellos humanos que habían llegado hasta los confines del océano y colonizado los Puertos del Norte, el lugar donde habían descubierto las perlas y donde habían trabajado con ellas hasta conseguir forjar los primeros Anillos de Nacimiento. Las mismas perlas que fueron recogidas por esclavos que tenían que pasar toda su vida sumergidos en el agua, obligados a utilizar constantemente aquellas perlas en sí mismos. Por eso llegó un día en que ya no las necesitaron, desde el momento en que sus piernas empezaron a unirse en una cola y los niños ya nacieron con ella.

Y luego, inevitablemente, la guerra.

Una guerra entre humanos deseosos de continuar ejerciendo su control y una nueva especie que defendía su derecho a poder existir como criaturas diferentes. Una guerra que, según le habían contado a él, fue cruel y despiadada por parte de ambos bandos, una guerra que acabó con los Puertos del Norte y con todos los humanos que allí vivían..., pero no con las sirenas. Aunque intentaron aniquilarlas por todos los medios posibles, la nueva especie se dispersó por el fondo del océano y fundó nuevas colonias más allá de los asentamientos humanos, siempre recordando quiénes eran y mostrándose orgullosas tanto de sus orígenes como de su propia existencia... A los humanos, sin embargo, no les ocurrió lo mismo, tal vez porque ellos olvidan con más facilidad. Ninguno de los muchos reinos humanos que existían en aquel entonces tuvo el suficiente valor como para enviar emisarios a los Puertos del Norte, y las criaturas con torso humano y cola de pez se convirtieron pronto en leyenda, en historias fantásticas recitadas por vagabundos deseosos de un trago que se vanagloriaban de haber sido visitados por mujeres de belleza divina en islas desiertas más allá de los confines de las rutas navegables.

Aquel joven humano que tantas cosas había visto no pudo evitar sonreír ligeramente, recordando algunas de esas historias que de niño había escuchado en las tabernas del puerto de Karelyon. Se las había creído todas y siempre pensaba en lo maravilloso que sería encontrarse cara a cara con una de aquellas sirenas... Y, desde luego, nada fue como lo había soñado cuando, tiempo después, por pura casualidad, llegó hasta uno de esos reinos submarinos.

Su cara volvió a ensombrecerse. Si las sirenas eran una leyenda y casi nadie conocía aquella historia tan bien como la conocía él, ¿cómo había averiguado la Reina de los Hombres que existían? Y más aún: ¿cómo había sabido que eran de carne y hueso, que habían sido enemigas de los humanos y que habitaban en una ciudad llena de tesoros? ¿Y cómo demonios se le había ocurrido a aquella humana ambiciosa y prepotente intentar conquistar dicha ciudad?

Suspiró con desgana, igual que había estado haciendo las últimas jornadas. Eran demasiadas preguntas sin respuesta, sin sentido, sin posibilidad siquiera de ser planteadas, y precisamente por eso no dejaban de atormentarlo. Pero de una cosa sí estaba bien seguro: no iba a quedarse quieto. Tanto si los planes de aquella entrometida eran una locura, y tuviesen o no fundamento alguno, él no se iba a quedar de brazos cruzados mirando cómo los humanos conquistaban Shimdaren..., o al menos, lo intentaban con la ventaja de la sorpresa. No, eso jamás. Hacía ya demasiado tiempo que conocía a las sirenas, incluso a las belicosas del norte, y lo unía a ellas una relación demasiado fuerte como para dudar... Y menos a esas alturas, sumergidos, como estaban, en una guerra estúpida, pero que cada vez era más real.

No, había que luchar, y se lucharía.

—¡Tensad todas las jarcias del trinquete, atentos a los juanetes y a los velachos! ¡Vosotros, a la mayor! ¡Hay que aprovechar esta racha! ¡Quiero que la corriente sea nuestra antes de la noche o podéis despediros de vuestro hígado, pandilla de cuervos mojados!

Apoyado en la baranda, el joven humano giró la cabeza para observar una vez más la figura del capitán, que hacía resonar sus botas en la tabla-zón y daba órdenes a aquel grupo de humanos que se movía como un verdadero ejército de hormigas bien entrenadas. Era un humano corpulento que no tenía demasiado buen carácter ni tampoco excesivos escrúpulos. No había duda de que aquella reina sabía lo que hacía enrolando a los piratas en su guerra particular; nadie como ellos para atreverse a

navegar a través de cualquier océano en busca de tesoros que ni siquiera podían ser imaginados. El dueño de aquel gigantesco galeón se llamaba Larsack, y él mismo aseguraba que era de los pocos humanos que conocían las antiguas rutas hacia el este... Y lo había demostrado de sobra.

Porque aquel capitán hacía ya muchas lunas que había decidido olvidarse de las leyendas estúpidas. Larsack llevaba en el mar desde antes de aprender a caminar, e incluso cuando no era más que un grumete en el galeón de su padre había navegado demasiados inviernos como para creer que la Tierra Incontable terminaba en un gran precipicio, en una gran catarata o en un gran lo que fuese. Sabía de sobra que el Mar Azul del Norte tenía que acabar en otra tierra, y no todas las historias que escuchaba en las tabernas hablaban de monstruos; algunas hablaban de rutas antiguas y de pasos olvidados, solo había que encontrarlos y estaría hecho... Y él tenía que hacerlo, maldita sea, tenía que ser capaz de ver dónde pastaban aquellas ovejas de blanca lana que Sardonio cambiaba por oro en Puerto Antiguo cuando él era apenas un crío. Antes de tener edad para ganarse el derecho a gobernar su propio barco, se había enrolado voluntariamente en todo tipo de naves y había hablado con todos y cada uno de los piratas amigos de su familia y otros pescadores que surcaban mares más lejanos, lo que le había permitido entender muy pronto el sistema de corrientes de agua y de rachas de viento necesario para poder moverse en la buena dirección. Y cuando al fin pudo ser su propio jefe y arriesgarse a intentar cosas muy peligrosas que estuvieron a punto de costarle la vida unas cuantas veces, y después de muchos veranos de intentos y fracasos, lo había conseguido.

El Paso del Norte, un lugar de tempestades violentas no apto para pusilánimes ni débiles de corazón, un paso estrecho por el que algunas veces había que dejarse llevar y otras forzar la navegación por entre los escollos, pero que no tardaba demasiado en calmarse para dar paso a aguas mucho más tranquilas que conducían con docilidad hasta una costa bien delimitada donde se veían buenos pastos y buenos bosques pero ningún monstruo, tal y como él había esperado. Lo que no esperaba de ninguna manera era que también hubiese humanos muy poco diferentes de él tanto en aspecto como en intenciones, que hablaban en una lengua aymarda un tanto retorcida y se organizaban en colonias que casi siempre estaban cerca de la costa. Y que además, tenían tratos con piratas que, como el mismo Sardonio, no sabían muy bien de dónde procedían esos humanos, ya que ellos tampoco se atrevían a

navegar demasiado lejos y, aparentemente, no sabían que al oeste había otras tierras. Aunque entre aquellos hombres, algunos marineros lo intuían, pero hacía bastantes generaciones que nadie se atrevía a desafiar las tempestades que rugían más allá de las Islas del Norte...

Y por eso había sido tan fácil conseguir que se uniesen a la causa. Hacía pocos veranos que lo conocían por aquellos lugares, y no todos aceptaban su compañía de igual manera, pero la idea era demasiado atractiva para cualquier humano, fuese de la tierra que fuese.

—¡Esos foques más tirantes, pandilla de zapateros!

Larsack tenía el pelo largo y negro, una fina barba que le cubría únicamente el mentón y unos ojos azules que echaban chispas cuando bebía más de la cuenta, lo cual solía suceder bastante a menudo. Pero lo más extraño de todo era que conservaba cada uno de sus miembros, a pesar de haber protagonizado muchísimas más batallas y escaramuzas de las que podía recordar. Era hijo de pirata, incluso nieto de pirata, y se había criado en las tabernas de Tinalión tanto como a bordo de aquel barco, herencia de familia y con una reputación que ya era legendaria mucho antes de que él naciese. Eran muchos los que temían aquel casco ennegrecido por la brea y aquellas velas tejidas en paño oscuro para evitar que la luz de la luna delatase su reflejo, y eran más los que se asombraban de cómo navegaba cortando el mar gracias a sus cuatro mástiles, que estaban inclinados de forma única. Aquel galeón era capaz de volar sobre las olas en medio de las tempestades más violentas, desafiando incluso al mismísimo Dios del Mar. Y los que tenían la suerte o la desgracia de verlo, lo llamaban siempre por su nombre.

—*Veneno*. —Como si estuviese leyendo los pensamientos del joven inquieto, su compañero, cubierto por un sayo, habló en voz alta mientras limpiaba su larga flauta plateada con gesto tranquilo—. Ya había oído hablar de este barco, y siempre pensé que eran cuentos de viejas... La verdad es que, visto de cerca, tampoco es para tanto.

—No te olvides de que es uno de los más rápidos de su clase, si no el que más... —El humano se dio la vuelta hacia él, acariciando distraídamente la baranda con un dedo—. El armador que lo diseñó sabía muy bien lo que hacía, y estoy seguro de que debió llevarse sus secretos a la tumba. Esos masteleros abatidos son perfectos para cazar la más ligera de las brisas, y la forma de los mamparos de la bodega sugiere grandes secretos en la quilla, desde el codaste hasta la roda... Y seguro que el timón también es de lo más interesante.

—Así que intentáis desentrañar todos los secretos de mi barco, mi misterioso amigo...

Aquel joven humano que tenía tanta curiosidad por la nave en la que se encontraba se dio la vuelta y se quedó cara a cara con el capitán, quien había subido al castillo de popa tan sigilosamente que ninguno de los dos lo había advertido, y los observaba a ambos con una sonrisa de complicidad que no tenía ningún significado preciso.

—En absoluto, capitán, solo estábamos charlando y comentando que vuestro barco no es cualquier cosa, de lo cual puede darse cuenta cualquier navegante —replicó el humano, con el tono de voz más tranquilo que fue capaz de usar.

—Así que sois marino, después de todo. —Larsack aumentó su sonrisa con un brillo de satisfacción en los ojos, mientras el que sostenía la flauta mantenía un gesto imperturbable—. Es cierto que no hemos podido hablar mucho desde que zarpamos, aunque lo supuse desde que subisteis a bordo. ¿Puedo preguntaros dónde está vuestro barco, entonces?

—No sois el único a quien le tienta lo desconocido, capitán...

—Ya veo, pero los cazadores de tesoros nos entendemos bien, ¿no es cierto? —Palmeó el hombro de del joven humano, haciendo un amplio ademán hacia la mesana que se inclinaba casi sobre sus cabezas—. ¿Queréis saber por qué el *Veneno* es único? Es muy sencillo, sí... El secreto de estos mástiles es la madera, nada más. Nadie, ni siquiera yo mismo, sabe de dónde salieron los árboles que sirvieron para construirlos. Pero creedme cuando os digo que jamás en toda mi vida he visto una madera más dura que esta.

—Entonces no debe de ser nada fácil arreglarlos. —Mientras limpiaba la flauta, el compañero del joven humano sonrió con malicia, mirando directamente a los ojos de Larsack.

—Ciertamente. —El capitán volvió su cabeza hacia él, con gesto de desagrado—. Pero tampoco esperaréis que os desvele todos los secretos de mi barco, ¿verdad?

—Por supuesto que no —volvió a hablar el joven, censurando a su compañero con una mirada—, pero hay otro secreto que no tiene que ver con el barco y en el que sí me gustaría ahondar, capitán.

—Vaya, parece que la conversación se pone interesante... ¿Qué es pues lo que queréis saber, amigo mío?

—Bien, lo diré sin rodeos. No sé qué concepto tenéis de vuestra tri-

pulación ni me interesa, pero ya os dije que conozco a la que os da las órdenes y sé de sobra que suele saber bien lo que hace... Por no hablar de vos, que capitaneáis la nave más temida de las costas.

—Os agradezco los elogios, pero no sé adónde queréis llegar.

—La cuestión es que sé perfectamente que no sois un necio, pero yo tampoco me tengo por tal cosa, capitán Larsack.

—Tampoco yo os tengo por ello, podéis creerme. —Manteniendo la sonrisa, el capitán del *Veneno* se atusó su bigote, sin quitarle los ojos de encima al más expeditivo de sus dos invitados.

—Pues entonces, ¿qué hay de cierto en este asunto que os traéis entre manos y que ahora también nos concierne a nosotros?

—¿De cierto? —Esbozó una mirada enigmática, reclinándose sobre la baranda—. Creedme cuando os digo que no comprendo ni una palabra de lo que decís...

—¡Por los dioses, capitán! —Abriendo los brazos exageradamente, el humano pareció perder la poca paciencia que le quedaba—. ¿Estáis diciéndome que un hombre de mar como vos cree en sirenas que viven en ciudades llenas de tesoros en el fondo del océano? Con todos los respetos, he oído leyendas mucho menos fantasiosas en bocas de marineros borrachos, y también las he oído mucho más creíbles. Como hombre de mar que sois, como experto cazador de tesoros, y, sobre todo, como capitán de este barco, quiero saber si vos creéis verdaderamente que existe algo así y, si así fuese, qué podríamos hacer nosotros para conquistar semejante fortaleza.

—Mi querido amigo... —Larsack apoyó de nuevo la mano sobre el hombro del humano, clavándole la mirada—, permitidme que os dé un consejo: creed solamente en aquello que vuestros ojos puedan ver... y hasta entonces, tened fe. Vos sois hombres sagrados, ¿no es así? Pues entonces estoy seguro de que sabéis muchísimo más que yo de creer en cosas que parecen imposibles... Tened fe, amigo mío, tened fe, porque la fe es importante.

Y sin más palabras, el capitán giró sobre sus talones y descendió por la escalera de la toldilla, gritando órdenes a la tripulación y dirigiendo oscuros juramentos a todo el que quisiera oírlos. El joven humano lo observó mientras hacía resonar sus botas por la cubierta.

—Parece que nuestro capitán es un hombre de fe, después de todo. —El joven de la flauta hizo sonar su instrumento nota por nota, comprobando la afinación.

—La fe es un lujo, y más en estos tiempos, Zahel. Aquí hay demasiados misterios, y hace falta mucho más que fe para desentrañarlos.

—Los humanos son humanos, Aidarsarán, no le des más vueltas, y no te metas en líos innecesarios. Tú tienes que llegar hasta Shimdaren, ¿verdad? Pues ellos también, aunque sea por motivos distintos... Así que mientras nuestras rutas coincidan, todo va bien. Ya llegará el momento de actuar, no te preocupes... Por ahora, basta de pensamientos inútiles o te volverás loco.

Zahel se llevó su larga flauta travesera a los labios y comenzó a tocar una lenta y sinuosa melodía. Las notas surgían del hermoso instrumento como una cascada de sonidos envolventes y evocadores, llenos al mismo tiempo de revelaciones y de misterios, y también de cadencias ocultas que nadie sabría descifrar, como si la música llegase de alguna parte y se deslizase por el metal sin que él tuviese que interpretarla. De hecho, siempre insistía en que eran las notas las que se apoderaban del instrumento para tocarle a él, y que sus labios y sus dedos obedecían a la magia..., porque, pasase lo que pasase y estuviese su dueño en la situación que estuviese, aquella flauta siempre sonaba de la manera más apropiada.

Aidarsarán estaba demasiado nervioso como para dejar la mente quieta, pero, casi a su pesar, aquella música lo obligó a pensar en cosas muy diferentes de las que había estado meditando hacía un momento.

Recordó la primera vez que había oído el sonido de aquella flauta, en los lejanos bosques de color naranja. Allí era donde se había reencontrado con Zahel, subido en el tocón de un árbol y sin más preocupación que la de tocar y tocar, porque tal y como le dijo al joven humano, había descubierto por fin que su flauta tocaba ella sola. Los dos se habían conocido hacía ya tiempo, precisamente en Sharlaman, en una época bastante distinta, porque los dos eran amigos de la Reina de las Sirenas del Oeste y fue ella quien los presentó. Mucho después habían vuelto a encontrarse en Terra Incógnita, allí donde el joven humano había dado muerte al mago Mornan y había visto morir a la mujer que podía haber amado de verdad. Fue Zahel quien le explicó que aquella mujer no podía morir y que volvería a nacer de nuevo, porque esa era su naturaleza, y también su destino. Un destino que él compartía con ella, porque aquella mujer y él eran hermanos, y eso los unía más allá del tiempo.

El joven humano llamado Aidarsarán llevaba caminando por los senderos de la Tierra Incontable buena parte de su vida. Había nacido

en plenas montañas, en aquella terraza natural de Karelyon desde la que se divisaba un inconmensurable paisaje que hacía pensar en tierras lejanas y que incluso permitía ver el mar en los días más claros, ese mismo mar que su tío le había enseñado a amar gracias a las frecuentes salidas de pesca en aquel barco tan especial que incluso podía ser manejado por un único navegante. El joven había crecido apreciando al mismo tiempo el mar y las montañas, y deseando saber qué se escondía más allá de aquellas tierras, más allá de aquellas colonias en las que siempre había vivido. Era aún un muchacho sin apenas barba cuando se ofreció a ir en busca de una planta necesaria para la supervivencia del lugar, o eso pensaba él en aquel entonces..., pero, a pesar de los imprevistos y de las consecuencias, nunca se había arrepentido de su decisión. Aquel fue su primer viaje a ese más allá que siempre quiso conocer, un viaje en el que conoció a las sirenas y a los dragones, compartió noches con los gatos y con los centauros, y descubrió lugares que nunca podría olvidar... Tanto, que solo volvió a su lugar de nacimiento para darse cuenta de que no podía vivir allí porque había demasiados lugares interesantes que conocer. Por eso continuó viajando, ayudando siempre a quien lo necesitaba y aceptando misiones o encargos que a veces parecían ridículos y que al final resultaban ser mucho más inesperados de lo que nadie había podido imaginar: había pisado tres de las ciudades de las sirenas, había conocido a los Dragones Cálidos y a su mismo monarca, había danzado con los Modeladores de Nubes y planeado con la Gente del Abismo, había recorrido el Palacio de las Noventa y Nueve Fronteras e incluso había llegado más allá de la propia existencia... Y por todo ello, y sin darse cuenta, se había convertido en una especie de leyenda. Criaturas tan diferentes como los elfos, los úxalos, los astreos o los enanos sabían quién era él, y más que cierto que siempre daba motivos para ser bien recibido en los lugares a los que iba, por muy distintas que fuesen las criaturas que los habitasen.

Desde aquella aventura tan extraña en las llanuras de Terra Incógnita, hacía ya unas cuantas docenas de lunas, Aidarsarán no había vuelto a ver a Zahel, pero tampoco le extrañó encontrárselo así, de repente, en medio de un bosque que nunca antes había pisado, porque sabía bien lo sorprendente que aquel personaje podía llegar a ser. Hacía ya unas cuantas jornadas que había decidido ponerse de nuevo en camino sin saber adónde ir, viajando a pie después de haber ama-

rrado su barco en tierras extrañas y sin más compañía que su espada y el pequeño cróton que le había adoptado como medio de transporte... La noche anterior pidió a las estrellas que le proporcionasen un compañero con quien poder caminar, y así fue como apareció.

Zahel era sin duda la mejor compañía que un humano como él habría podido desear: nada menos que un *Nayl*, un Hijo de la Tierra Incontable que conocía sus senderos mejor que nadie y que estaba buscando una buena razón para moverse por fin de aquel lugar en el que ya llevaba tanto tiempo. Allí estaba, sentado en aquel viejo tocón de árbol y viendo pasar a todo tipo de criaturas que pronto se acostumbraron a su presencia y a su música..., y allí permanecía desde que ella lo había dejado allí, mucho más lleno de paz de lo que podía recordar, hacía mucho tiempo, sin más deseo que el de tocar y tocar. Pero a Aidarsarán no le costó nada convencerlo para que lo acompañase, porque los dos estaban buscando un buen motivo para moverse, y decidieron encontrarlo juntos. El humano, además de que tenía una misión que cumplir que no podía revelarle a su amigo pero que tenía que ver con las sirenas, deseaba encontrar nuevos territorios para saciar el anhelo que reflejaban sus ojos. Y Zahel decidió unirse a él tal vez para encontrarse a sí mismo una vez más, o quizás para recuperar algo que había perdido alguna vez, o algo que, después de todo, nunca había tenido. Así que, de común acuerdo, los dos se pusieron en camino, vestidos con los oscuros sayos que alguien le había dado a Zahel mientras estaba allí... Y así fue como se convirtieron en hombres sagrados, y los humanos que los encontraron en su camino creyeron que eran personas que buscaban a los dioses, aunque ellos nunca dijeron nada semejante.

Y fue así como la guerra los encontró a ellos.

La guerra...

Aidarsarán se pasó la mano por el pelo con inquietud, porque la misma palabra hacía que la embriagadora música de Zahel quedase relegada a un segundo plano. ¿Quién había podido imaginarse algo como aquello apenas un invierno antes? La sola idea de una autoproclamada reina humana levantándose en armas contra toda criatura que no fuese de su misma especie parecía tan ridícula que al principio se negó a creerla... Y sin embargo, estaba sucediendo. No tardó demasiado en comprobarlo, cuando descubrió el puerto de Tinalión y se dio cuenta de que los humanos que allí vivían estaban bien informados; algunos incluso habían descubierto cómo navegar hasta el este y con-

tactar allí con los enviados de la reina... En concreto, el capitán Larsack del impresionante *Veneno*. Aquel capitán fanfarrón al que habían conocido en una taberna, tan borracho, que no ocultaba su satisfacción de que por fin hubiese llegado el momento de reconquistar todos aquellos mares que les pertenecían por derecho propio...

El recuerdo de aquella conversación tan ridícula le hizo esbozar una sonrisa, mientras la música seguía sonando y el sol iba hundiéndose más allá del horizonte: «sí, reconquistaremos los mares, los humanos volveremos a dominar la Tierra Incontable... Y empezaremos por los tesoros de esas malditas colas de pez. Arrasaremos la ciudad de las sirenas y nos quedaremos con todas sus esmeraldas... Y haríais bien en uniros a nosotros, porque incluso los hombres sagrados deben saber lo que les conviene, y estoy bien seguro de que estáis hartos de peregrinar...». Qué poco imaginaba aquel pellejo de vino que estaba hablando con alguien que ya había estado en esa ciudad y que conocía a las sirenas mucho mejor de lo que él jamás conseguiría... Y qué poco imaginaba también que aquella ciudad era precisamente uno de los objetivos del viaje de Aidarsarán, aunque, desde luego, por motivos bien distintos.

—¡Capitán, pronto no se verá más allá de nuestras narices!

—¡Eso no me extraña en absoluto, maldito sea tu pico de cuervo! ¡A callar, y mantened el rumbo! ¡Esta brisa nos lleva exactamente adonde tenemos que llegar, así que continuaremos! ¡Y el que no esté conforme, que se arroje por la borda!

—Hermosa noche, desde luego. —Aidarsarán se sobresaltó al oír la voz de Zahel, que había dejado de tocar—. Tan hermosa que realmente dan ganas de navegar a la luz de las estrellas...

—Hay que ser muy buen marino para orientarse solamente por las estrellas, estando tan al norte.

—¿Tú serías capaz de hacerlo?

—Podría intentarlo si fuese necesario, pero intuyo que no lo haría tan bien como él... Por lo menos, sin la ayuda de la Criatura Marina.

—Hacia el sur de la Tierra Incontable hay unas islas donde habitan criaturas capaces de navegar en la oscuridad más impenetrable. —El *Nayl* alzó los ojos, evocando un recuerdo que parecía lejano—, para quienes las estrellas son un camino que está perfectamente trazado... porque pueden ver en la oscuridad, o al menos eso dicen.

—Ojalá yo pudiese ver en la oscuridad.

—¿Y para qué quieres ver en la oscuridad? No se ve nada que no se vea con la luz del sol, créeme.

No lo pudo evitar, y el comentario le hizo esbozar una sonrisa irónica. Zahel siempre le hacía reír, por mucho que él intentase resistirse, pero no tardó demasiado en volver a ponerse serio.

—¿Sabes que se me ha pasado por la cabeza la idea de hundir el galeón?

—Ah..., ¿y por qué no lo haces?

—Porque hay demasiados humanos aquí, y ya he visto muchas cosas como para tener ganas de matar a nadie más. Te aseguro que no tengo ningún deseo de mancharme las manos de sangre otra vez; ya he visto una guerra antes, y ya sé cómo es.

—Yo las he visto todas, desde que el sol salió por primera vez. Ventajas de ser inmortal.

—Sí, Zahel, pero los humanos no somos inmortales. Sabes que no me asusta la muerte, pero tampoco quiero encontrármela antes de tiempo si no es necesario. De hecho, es una estupidez que cualquier criatura la encuentre antes de tiempo, y nunca entenderé cómo los humanos no son capaces de comprender algo tan sencillo como eso.

—Quizá porque las cosas sencillas son siempre las más difíciles de comprender.

—En eso te doy la razón, amigo. —Suspiró de nuevo, con evidente desgana—. Pero en este caso estarás de acuerdo conmigo en que las soluciones sencillas no son las más convenientes, así que aquí estamos de nuevo.

—También tenemos otras alternativas.

—Seguro. Podríamos matar a Larsack, hacernos con el control del barco y volver al oeste, pero...

—Yo me refería a la alternativa de no hacer nada, humano impaciente. Y haz el favor de dejar de hablar de matar, o tendrás pesadillas esta noche.

—Oh, no, yo no creo que el hombre sagrado vaya a tener pesadillas esta noche.

Era Larsack quien había hablado, acompañado por un grupo de fornicados marineros cuyo aspecto no ofrecía demasiada confianza. Todos llevaban las armas desenvainadas y miraban hacia ellos con cara de profundo odio, porque, evidentemente, habían escuchado toda su conversación.

—Ay, lo sabía. —Zahel suspiró, poniendo gesto de evidente disgusto—. Ya te dije que esa bocaza tuya de humano ansioso nos traería problemas.

—Tenía que habérmelo imaginado. —Larsack llevaba un largo sable desenvainado en su mano derecha y pasaba un dedo muy lentamente sobre el dorso de la hoja—. Estamos en guerra, y en la guerra siempre hay espías.

—Culpa mía, lo reconozco. —Aidarsarán también suspiró, mirando a Zahel y asintiendo—. En fin..., ¿nos vamos?

—Qué remedio. —De un salto, descendió de su asiento en la baranda y se estiró cómodamente, con gesto perezoso—. Con lo poco que me gusta nadar.

—No seas quejica, íbamos a tener que nadar más tarde o más temprano.

—Sí, eso es verdad, pero mejor cuanto más tarde, ¿verdad?

Arrimó la flauta a los labios y sopló delicadamente, arañándole una escala de notas musicales mientras los demás marineros los miraban cada vez con más desconfianza. Porque, a pesar de la evidente superioridad numérica y de tener las armas listas para el ataque, aquellos dos hombres no parecían hacerles ningún caso.

—Discúlpenme, caballeros. —Larsack adelantó el sable con gesto amenazador—, pero quizá deberían ser conscientes de que lo que ahora mismo nos interesa son únicamente sus cabezas.

El movimiento fue demasiado rápido para los ojos de los humanos. Sin que nadie tuviese tiempo de reaccionar, Zahel estiró el brazo, apoyó el extremo de su larga flauta justo bajo la barbilla del capitán y lo apartó lo suficiente como para quedar fuera del alcance de su sable.

—Está bien, capitán, ahora escúchame tú. Eres tan ridículo como esta absurda guerra que os habéis inventado, así que no merece la pena que sigamos perdiendo nuestro valioso tiempo contigo. Decidle a vuestra estúpida reina que se deje de tonterías y deponga las armas, o yo mismo os aseguro que os arrepentiréis, ¿está claro?

Un destello de odio barrió la mirada de Larsack, al tiempo que recitaba unas breves palabras casi sin mover los labios y trazaba en el aire unos extraños movimientos con el dedo índice de su mano izquierda. Inmediatamente, todo el barco cabeceó con un movimiento oscilante que hizo tambalearse a todos los que estaban en la toldilla... menos a Zahel, que había anticipado el ligero temblor.

—¿Lo estás viendo, amigo? Solo a un idiota como este se le ocurriría formular magia en el aire para que la tierra se abriese... estando justo en mitad del océano. Decidme, capitán Larsack, ¿quién os ha enseñado a trazar sígilos? ¿Sabéis siquiera cómo funciona esa magia en realidad? ¿Conocéis al menos el precio que hay que pagar por ella?

—Vámonos, Zahel. —Aidarsarán puso una mano sobre el hombro de su amigo—. Ya no tiene sentido seguir aquí.

Cuando la flauta se retiró de la garganta de Larsack, había dejado en ella una marca bien visible. Zahel amplió su sonrisa, mientras él y su compañero humano caminaban de espaldas y llegaban hasta la barandilla de popa. Todos los marineros, excepto quizás el propio Larsack, se sorprendieron considerablemente al ver que aquellos dos hombres simplemente se dejaban caer en el oscuro océano, donde desaparecieron con un chapoteo sordo. Su capitán fue el primero en reaccionar y no tardó ni un instante en hacerlo.

—¡Todo el mundo al trabajo, pandilla de lombrices! ¡Tensad las jarcias, desplegad todo el velamen y abrid bien los ojos! ¡Tenemos que llegar hasta Tempélinon antes de que sea tarde!

Había muchas cosas que ignoraba, pero el capitán del *Veneno* estaba bastante seguro de que ninguno de aquellos dos hombres se ahogaría, porque eran demasiado listos como para haberse quitado la vida de forma tan estúpida. Además, él ya lo había sospechado desde el principio, desde que se había hecho el borracho y el enconradizo en aquella taberna de Tinalión para poder conocer a los hombres sagrados y verlos de cerca. Había sospechado que lo que Aidarsarán llevaba en la mano era uno de esos anillos de los que la reina le había hablado, un anillo para respirar..., y eso solo podía significar que el muy hijo de perra conocía a las sirenas. Sí, sin duda había que moverse deprisa..., porque si no, la reina iba a enfadarse aún más de lo que ya lo estaba, y eso sí que podía ser peligroso.

Mientras tanto, bajo el agua, las cosas eran bien distintas. Tal y como Larsack pensaba, el Anillo de Nacimiento de Aidarsarán le proporcionó de inmediato una máscara de finos hilos de plata que brotaron de sus labios y le cubrieron el rostro, convirtiendo el agua en un elemento respirable y la presión en normal, estuviese a la profundidad que estuviese. Y Zahel, por su parte, ni siquiera necesitaba de algo semejante para moverse por aquel medio con toda comodidad.

—Bueno..., sé que es culpa mía, pero ¿qué hacemos ahora?

—Estoy casi tan perdido como tú, humano, pero, afortunadamente para nosotros, ya no estamos demasiado lejos, y esas montañas de ahí lo confirman. —Hizo un amplio ademán con su brazo, señalando un lugar que su amigo no pudo distinguir bien—. De momento no tenemos más que seguirlos, porque, además, es lo más cómodo que podemos hacer... Después de todo, tampoco es muy fácil orientarse en medio del océano, ¿sabes?

—No sé por qué, pero me lo imaginaba. —Mientras flotaba con tranquilidad a unas cuantas brazas de la superficie y sus ojos iban acostumbrándose a la oscuridad, el humano no pudo evitar sonreír—. De todos modos, tenemos otro problema en el que no habíamos pensado.

—¿Ah, sí? —Con una postura que delataba que tenía más práctica que él, Zahel le dedicó idéntica sonrisa burlona—. ¿Cuál?

—Shimdaren está en Terra Incógnita.

—Eso ya lo sé. ¿Cuál es el problema?

—El Muro de Tiempo.

—Un Muro de Tiempo puede atravesarse por arriba o por abajo, Aidarsarán. De momento es mejor que nos preocupemos simplemente por llegar hasta allí, porque los ojos de Larsack me han confirmado que todo esto no es ninguna broma.

—Vaya, ¿quién se preocupa ahora?

—Te aseguro que no imaginaba que fuesen a utilizar la magia, o al menos no de ese modo. Si hasta un idiota como ese sabe la manera de trazar sígilos, las cosas pueden complicarse mucho.

—¿Más todavía de lo que ya están?

—¿Y quién tiene la culpa? —Dio una voltereta, escudriñando las formas oscuras que había a su alrededor—. Si hubieses cerrado la boca, como te dije, ahora no tendríamos que nadar.